

Narrativa y celebración del arte comunitario en la Escuela

Profesor: *Javier Abad Molina (2012)*

j.abad@lasallecampus.es

1. Resumen.
2. Arte Comunitario en la escuela.
3. Construir un relato compartido a través del arte
4. La escuela como narración compartida a través del arte
5. La “eficacia simbólica” de las artes
6. Narración de un proyecto de *arte comunitario*. Escuela *Barco de Papel*.
7. Conclusión

Palabras clave: arte, comunidad educativa, contexto, símbolo, valores humanos.

1. Resumen:

Las propuestas de *arte comunitario* (o acciones artísticas basadas en las relaciones humanas que se promueven, reconocen y celebran en una comunidad determinada), colaboran en la construcción de un relato colectivo basado en los acontecimientos, símbolos y expresiones de vida que concurren en la escuela infantil como celebración de encuentros posibles en un singular “entramado de biografías”.

2. Arte Comunitario en la escuela

Esta manera de plantear el arte en comunidad se hace visible mediante acciones basadas en la participación, la integración y el compromiso que se sirve de las manifestaciones artísticas como facilitadoras de los procesos necesarios para una convivencia creativa. En estos proyectos de *arte relacional*, cada niño o niña, educador o familia, realiza aportaciones que siempre se consideran valiosas por ser únicas e irrepetibles. Así, cada mínimo gesto, imagen o significado, pueden ser el *hilo invisible* que sirve para tejer el sentido de la narración escolar que se comparte después en el espacio educativo, entendido también como importante contexto social y lugar simbólico para la celebración del “estar juntos”. Así, los objetos, las imágenes y las palabras, por ejemplo, sirven para la re-presentación y memoria de estos procesos.

Mediante estas iniciativas, la comunidad educativa se reconoce a través de acciones significativas que favorecen el *sentido de pertenencia* a un colectivo. El reconocimiento de las manifestaciones de la cultura escolar a partir de historias cotidianas, narran los procesos de vida en común que se ayudan también de la simbología de los ambientes o espacios (la forma circular, por ejemplo, es una representación “democrática” de la inclusión, la igualdad y la aceptación en el grupo). También la configuración del espacio educativo es un dispositivo estético que favorece el desarrollo comunitario

abordado a través de un proyecto que debe ser siempre visible y comunicable. De esta manera, el arte que promueve el intercambio y la comunicación entre las personas que conviven en el contexto escolar, presenta los sucesos del día a día en una dimensión estética (y por lo tanto, ética) de la participación. Gracias a estos escenarios de la diversidad, es posible la gestión de un modelo de escuela integrada en un contexto social que propone nuevas formas de relación y entendimiento mutuo.

Así, las acciones de *arte comunitario* en la escuela infantil se pueden generar desde diferentes propuestas colaborativas del arte contemporáneo (proyectos de arte, instalaciones o *performances* como maneras de fijar los sucesos en el tiempo y el espacio) que posibilitan una situación de reconocimiento de los vínculos que conllevan la transformación compartida del espacio, la construcción en la escuela de una identidad propia y la elaboración dialógica del mensaje que se pretende transmitir con la implicación activa de toda la comunidad educativa. En definitiva, las formas del *arte comunitario* descubren relaciones inéditas entre los acontecimientos y las personas, constituyendo al mismo tiempo, visión y conexión con una misma realidad.

Estas diferentes propuestas sirven también como transmisión de los valores que se manifiestan en el espacio escolar como verdadera *metáfora de vida*. Esto es, el arte toma forma y sentido a través de las acciones que promueve y realiza una comunidad, existiendo la posibilidad de un crecimiento colectivo que emana siempre de las mejores condiciones para el intercambio humano y con la consiguiente mejora de la calidad de vida escolar (no solo para la infancia, sino también para los adultos).

Hablamos entonces de una manifestación del arte que nos conecta y cuyo principal valor reside en la calidad de las relaciones humanas que promueve, reconoce y celebra en esta participación creativa. Entre otras muchas bondades, el arte en comunidad sirve para identificarse con los otros, para la elaboración de sentido, para la participación inclusiva de toda la comunidad educativa, para el diálogo, el consenso y también la gestión y representación del conflicto, etc.

De esta manera el arte, como *estado de encuentro con el otro*, también se basa en relaciones de confianza mutua que serán, a buen seguro, un buen motor de transformación social y educativa, pues los modelos cooperativos replantean necesariamente el concepto de lugar y las estructuras simbólicas que sostienen el concepto de identidad que se basa en los procesos vitales de las personas, siempre en continuo tránsito e interdependencia.

3. Construir un relato compartido a través del arte

Ya hemos hecho referencia a que estas propuestas de *arte comunitario* se manifiestan de diversas maneras, muchas de ellas mediante acciones efímeras que se viven en el día a día para construir las narrativas que se celebran en la escuela por ser un espacio de humanidad. Narrativas que se corresponden, tanto a los momentos extraordinarios como también a las rutinas, sirviendo para reconocer lo verdaderamente importante y para presentar a los demás las conexiones que se producen en ese entramado de experiencias que es la escuela (también las vidas de los niños y niñas más pequeños que apenas acaban de comenzar). Por lo tanto, las *escuelas narrativas* se narran a sí

mismas a partir de guiones que se escriben desde las voces y acciones de cada cual (Bonàs, 2007). Ese guión permanece siempre abierto a nuevas opciones y posibilidades, donde también hay cabida para las enmiendas y las tachaduras, pues se revisa a diario por sus protagonistas. Puede ser, quizás, una manera de pensar que el futuro es una historia compartida que comenzamos a imaginar desde la infancia.

También se pueden representar estos relatos de vida de manera permanente mediante una imagen u objeto. Nos servimos de las *instalaciones*, como forma de fijar un suceso reconocible en el tiempo y en el espacio escolar, pues son un interesante recurso escenográfico para representar a la comunidad. Éstas y otras formas del *arte comunitario* en el proyecto escolar, nos permiten profundizar en cuestiones esenciales que se relacionan con la construcción social del conocimiento. Una experiencia dialógica que, en definitiva, es un acto generoso del aprendizaje. Así, el arte descubre relaciones inéditas entre los acontecimientos y las personas que conviven en la escuela infantil. Para la realización de las instalaciones, investigamos en referentes artísticos del arte contemporáneo que pueden ofrecer un añadido de valor al proyecto:



Instalación de Shiotar Chiharu: *Diálogo del ADN* (2011). Bienal Internacional de Melle (Francia). www.chiharu-shiota.com La artista, como gestora de un proyecto de colaboración, implica a diferentes personas, a veces desconocidas, que ofrecen un retazo de su propia vida (la huella del zapato). El arte promueve esta movilización como una celebración comunitaria donde cada persona se siente representada y considerada como una parte importante del proceso para construir la metáfora artística.

4. La escuela como narración compartida a través del arte

Para que esto sea posible, necesitamos partir de una perspectiva de la educación que sitúe el aprendizaje sobre las experiencias y narraciones de vida de los propios sujetos como centro del proceso educativo. Estas nuevas narrativas deben necesariamente recoger las situaciones cambiantes que afectan tanto a los sujetos pedagógicos como

a las relaciones sociales, las representaciones culturales y las construcciones del saber (Hernández, 2007). Es decir, las formas actuales de narrarse la escuela y los símbolos que la representan, quizá ya no respondan realmente a la necesidad de explicarse y explicar este mundo cambiante en el que vivimos ahora. Necesitamos pues, un cambio de narración escolar para entender mejor cómo han de ser pensadas y vividas estas experiencias de aprendizaje con sentido (y no con resignación), para un nuevo modelo inclusivo de escuela que precisa de la escucha de las diversas voces, del reconocimiento de las historias individuales y de las aportaciones de todos.

Como ya hemos comentado, las artes pueden contribuir a realizar esta conversación dialógica en un contexto educativo presentado como “ensayo para la vida”. Mediante el uso de los lenguajes simbólicos de las artes, se puede dar forma a los interrogantes que se nos plantean y también concretar posibles soluciones que podrán ser transferidas a situaciones reales como una experiencia significativa de aprendizaje. De esta manera, las artes pueden contribuir también a presentar las dificultades que suceden a menudo en la escuela como espacio de relaciones y después, celebrar el acuerdo mediante acciones simbólicas. En esta situación y entendiendo el arte como una estética de las relaciones humanas, podemos ser conscientes de que existen soluciones en el beneficio de todos. Esto no ocurre de manera espontánea o se logra solamente con la realización de un proyecto para un día señalado en el calendario escolar (el *Día de la Paz*, por ejemplo). Se consigue iniciando, desde los primeros ciclos escolares, una rica y diversificada “vida simbólica” que es preciso reconocer como narración compartida.

Más aún, los símbolos que se visibilizan a través de las artes sirven para crear el sentido de pertenencia a una determinada cultura, y en nuestro caso, a la comunidad escolar. Este *sentido de pertenencia* es la dimensión relacional de la identidad y sitúa a todos los sujetos en una posición concreta en el tiempo, el espacio y en las relaciones humanas y, lo que es más importante, conecta a las personas entre sí (Woodhead, 2008). También tiene que ver con los rituales, los lugares, las creencias, los apegos, las ideas, la dimensión estética, las formas de ser y estar en la escuela y las maneras de aceptar compromisos y compartir esperanzas. Pero sobre todo, incide en los vínculos positivos que los educandos crean con la institución escolar, ya que es relacionada con la experiencia placentera que debiera ofrecer toda práctica cultural como consciencia de sentirse parte de un colectivo que reconoce cada individualidad.

Las artes ofrecen pues, posibilidades para que este entramado simbólico que se teje cada día en las aulas, pueda ser reconocido, participado, compartido y reinventado por sus propios protagonistas. Sería necesario entonces, identificar cuáles son los símbolos que nos unen en la escuela para poder ofrecer aquellas manifestaciones de la cultura escolar que sirven para presentar este universo simbólico propio.

A veces, éste puede pasar inadvertido o ser poco valorado, pues sus representaciones no están basadas únicamente en símbolos reconocibles (palabras o números, por ejemplo) que se privilegian en la escuela y que pueden neutralizar las enormes capacidades simbólicas que los niños y niñas (también los jóvenes y los adultos) poseen para construir significados mucho más ricos e integradores de sus experiencias.

5. La “eficacia simbólica” de las artes

Como ya hemos manifestado anteriormente, las narrativas escolares que se sirven de las artes para su revelación, favorecen también las posibilidades de un aprendizaje que conlleva una mejora en la calidad de vida escolar. Esto es realmente importante y posible ya que las artes implican formas complejas de pensamiento que entienden la percepción sensorial y la cognición como procesos que emanan de los lenguajes simbólicos, recordándonos que la creación de cultura requiere del desarrollo de la imaginación y de la capacidad de simbolización. Esta actividad simbólica está definida, por ejemplo, en el uso de las metáforas para hacer visible lo que no está presente y también en la *comprensión mítica* de los relatos. Pero también en la transformación de los objetos, en la cultura visual, en los registros de sonido, en las acciones corporales, gestos y movimientos, etc.

Todas estas formas culturales están basadas en símbolos que pueden ser interpretados desde el *arte comunitario* como maneras de pensar, sentir y construir diferentes realidades que confluyen en un mismo acto de comunicación. Así, se crean puentes internos y externos entre las manifestaciones que sirven para entendernos en una sociedad eminentemente simbólica.

Por otro lado, sabemos que el *símbolo* no es algo que se reconoce con inmediatez, pues su naturaleza no es visible o tangible. El recorrido de la adquisición de los lenguajes simbólicos es largo y se va construyendo significativamente, incluso desde las primeras horas de nuestras vidas. Así, en los primeros tramos escolares, los niños y niñas ya poseen un patrimonio simbólico propio de imágenes y lenguajes (por biología y transmisión cultural), que los procesos educativos a veces relegan en favor de un prematuro pensamiento lógico, o no tienen “programada” la suficiente espera para permitirles desarrollar y enriquecer este bagaje basado en diferentes expresiones de pensamiento, comunicación y producción.

Es decir, la escuela debe acompañar los procesos de construcción del símbolo de manera compartida, estructurada y placentera, favoreciendo que este itinerario se recorra de manera natural. Entonces, el símbolo evoluciona para crear nuevas conexiones con quienes nos rodean y comparten con nosotros un mismo destino de humanidad.

Las artes y su *eficacia simbólica* podrían ser una interesante manera de ofrecer visibilidad a estas narraciones comunitarias como forma de incorporar la riqueza de los símbolos que compartimos y como práctica para la descentración. Así, *ponerse en el lugar del otro y con el otro*, mediante diferentes propuestas artísticas (una *performance* o *instalación* como ya hemos mencionado, la realización de un mural colectivo, etc.) pueden ser una manera vivencial y respetuosa para discernir donde se hallan los umbrales del yo, del tú y finalmente del *nosotros* como horizonte o meta final. Este pronombre, definitivamente, nos implica a todos y todas. Veamos ejemplos de estas propuestas en el ámbito de la formación docente de maestros y en la escuela:

Imagen anterior: muro exterior de la escuela de Educación Infantil *Los Gorriones* (Madrid). En este proyecto de arte comunitario *“Las miradas de la escuela”* (2008), el equipo educativo de la escuela infantil se plantea la transformación del muro exterior como espacio de identidad y manifestación de cultura escolar. Este muro resultaba demasiado “opaco” y se pensó en ofrecer una manera de visibilizar el proyecto educativo a partir de la presentación de símbolos propios y de las identidades de toda la comunidad escolar, creando así un espacio de conexión con el entorno. Las miradas de todos, recogidas en imágenes, crearon entonces un lugar donde asomarse, para *mirar y ser mirado*, un lugar de convocatoria y reconocimiento a modo de ventana “transparente”. También se añadieron a este mismo espacio colectivo, dibujos de los niños y niñas, palabras que definían la identidad de la escuela, pequeños espejos, fotografías, etc. De esta manera, los niños y niñas, las familias y los vecinos se interesaron por el significado de este gran mural en el que *“estamos todos juntos”* como relato de una misma historia. A través de esta acción, la escuela se convierte en una suma de identidades que se presentan de una manera integrada, metáfora de una construcción sólida y símbolo visible de las esperanzas y compromisos que se promueven en esta comunidad. Proyecto: *Javier Abad*

6. Narración de un proyecto de arte comunitario. Escuela *Barco de Papel*

Para la descripción de este proyecto, utilizaremos ahora la propia narración y reflexión de las maestras que lo realizaron a través de diferentes sesiones de formación:

“Este proyecto de arte comunitario surgió a partir de un análisis de la ambientación y gestión de los espacios comunes de la escuela y la creación de diferentes ambientes que promovieran relaciones entre todos los protagonistas de los procesos de enseñanza-aprendizaje. Una reflexión necesaria sobre los marcos temporales y su adecuación a las necesidades afectivas de la infancia. El comienzo del proyecto conllevaba una nueva mirada que analizara la ambientación del espacio de entrada de la escuela como lugar de acogida para diferentes grupos de niños y adultos. Se reflexionó pues, sobre lo que aportaba este lugar para expresar, manifestar o visibilizar el proyecto educativo y social. Como primera acción de transformación, se realizó una narración visual basada en las vivencias de las personas que compartimos el espacio para reflejar acciones y momentos importantes de la escuela. Para ello, rehicimos el espacio, quizás “infantilizado” o pensado erróneamente para los niños desde nuestra percepción adulta. Queríamos también mostrar el crecimiento de unos adultos que acompañan a los niños y niñas en este mismo proceso y en un espacio compartido”.



Espacio escolar (exterior e interior). La ambientación inicial no reflejaba el proyecto educativo.

“Decidimos elaborar un espacio compartido con todos los miembros de la comunidad educativa. Por un lado, invitando a las familias a ser partícipes del proyecto y, por otro, el equipo educativo trabajaría sobre la idea que queríamos transmitir. Solicitamos entonces a las familias que construyeran un “barco” de papel con la fotocopia de un documento significativo en la vida del niño o la niña (libro de familia, partida de nacimiento, ecografía, etc.) y las educadoras de la escuela plasmamos en palabras, frases o fórmulas matemáticas, los pilares en los que se sustenta nuestro proyecto educativo: compartir, formación, diversidad, cooperación, socialización, acogida, etc”.

“En este espacio, finalmente pintado de blanco, situamos todo este material como un recorrido y elaboramos también una justificación o cartela para explicar a otras familias en próximos años la esencia de este proyecto de arte comunitario. Este es el texto: El proyecto de transformación del espacio de la entrada de nuestra escuela, se ha realizado con la necesaria participación de las familias. Para ello, solicitamos que nos ofrecieran un barco de papel construido con un documento importante como seña de su identidad. Este proyecto de arte comunitario pretende destacar y ofrecer visibilidad a todas aquellas palabras, imágenes y objetos que la comunidad educativa (niños y niñas, educadoras y familias) comparten como símbolos para mostrar el proyecto educativo de la escuela infantil. Creemos que es una manera de comunicar y reconocer todo aquello que nos une en el compromiso de construir, día a día, una escuela más bella, amable y cercana para todos y todas. Muchas gracias por toda vuestra generosa colaboración. (Escuela Infantil Barco de papel, Navalcarnero, 2010)”.



Este es el espacio inicial una vez transformado a través del proyecto. La composición final está construida con los barcos de papel ofrecidos por las familias y documentación pedagógica. En este espacio, está representada toda la comunidad educativa a través de símbolos comunes.

“También se realizó la transformación del vestíbulo interior (transición del exterior al espacio de entrada). En esta nueva propuesta, todos los niños y niñas de la escuela se llevaron un barco de papel realizado por el equipo educativo, a modo de objeto simbólico o vínculo de unión que toma la referencia del nombre de nuestra escuela. La consigna ofrecida fue que nos devolvieran una fotografía donde se mostrara a qué jugaban los niños con este objeto (idea de prolongación de la escuela en el hogar)”.



Estas son algunas imágenes representativas ofrecidas por las familias para la construcción del mural colectivo donde se integran los objetos lúdicos (los barcos de papel) y las fotografías de los niños y niñas jugando. Con todo este material se realizó una composición para el vestíbulo.



“El proyecto de participación en la escuela Barco de Papel no estaría completo sin la presentación también de la identidad del equipo educativo y del personal de servicio. Estuvimos debatiendo sobre la manera de presentarnos y finalmente elegimos la metáfora de la mano abierta que sostiene un barco de papel en el que hemos escrito la palabra que más nos representa en nuestra vocación y en la vida. Con la ayuda de Javier realizamos las fotografías y la composición final en un gran mural. Muchas gracias a todos y todas por vuestra participación y por permitirnos Ser en la escuela”.



7. Conclusión

Las propuestas de *arte comunitario* en contextos escolares pueden servir como transmisión de valores, cultura y afectos. El lugar donde se representan y desarrollan estas experiencias es el propio espacio de la vida como construcción de una gran metáfora compartida. El arte toma así forma y sentido a través de las acciones que promueve y celebra un colectivo como proyecto de humanidad. Ocurre en la escuela cada día ante nuestra propia mirada, tan solo hace falta reconocerlo como importante.

Bibliografía

- Abad, J. y Ruiz de Velasco, Á. (2011): *El Juego Simbólico*. Barcelona, Editorial Graó.
- Bonàs, M.: Algunas reflexiones en torno a la documentación. Revista *In-fan-cia*. N^o 105, (septiembre-Octubre de 2007). Pp. 24-29.
- Bourriaud, N. (2007): *Estética relacional*. Adriana Hidalgo editores. Buenos Aires.
- Hernández, F. (2007): *Espigado@s de la cultura visual*. Barcelona, Octaedro.
- Woodhead, M.: El sentido de pertenencia. Revista *Espacio para la infancia*, N^o 30, Noviembre de 2008, Pp. 3-7.